

Robert C. ALLEN

Revolución en los campos. La reinterpretación de la revolución agrícola inglesa
Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, 265 pp.

Este libro, editado bajo el patrocinio de la Sociedad Española de Historia Agraria, ofrece al lector de habla hispana una sugerente selección de textos de Robert C. Allen, el autor que, junto a M. Overton, más activamente ha participado en la revisión historiográfica a la que ha sido sometida la revolución agrícola inglesa durante las últimas décadas. Desde diversas perspectivas, los trabajos incluidos en la edición española, casi todos ellos publicados entre 1982 y 2000, profundizan en la tesis de que el cercamiento de los campos abiertos y la sustitución de las pequeñas granjas por empresas capitalistas no condujeron a un aumento espectacular de la producción agraria. De hecho, según Allen, el único efecto que ambos procesos tuvieron sobre la productividad fue el derivado de una reducción en la contratación de mano de obra o, lo que es lo mismo, de una disminución de los costes laborales. Para el autor, los verdaderos protagonistas de las mejoras que finalmente llevaron al éxito de la agricultura inglesa fueron los pequeños y medianos agricultores de las zonas de *open fields*, los denominados *yeomen*. Los cercamientos parlamentarios del siglo XVIII y las grandes explotaciones capitalistas llegaron demasiado tarde y lo único que consiguieron fue una redistribución de la renta agraria a favor de la nobleza rural y la aristocracia.

Para llegar a tales conclusiones, las más repetidas en los ocho ensayos que componen la edición española, Allen combina, siempre con suma cautela, tres tipos de análisis. Utiliza, primero, el análisis macro, en el que destaca, sobre todo, la reinterpretación de las series de producción agrícola a través del enfoque de la demanda. En este sentido, su mayor aportación respecto de los trabajos de Deane y Cole, Overton e, incluso, Wrigley, es la hipótesis de que el consumo *per capita* no es una constante, sino una variable dependiente de los salarios y de los precios. Partiendo de esta idea, las series de Allen muestran un crecimiento sostenido de la producción entre 1520 y 1740, pero tan sólo una moderada expansión del producto agrícola desde entonces hasta 1800. Algo parecido sucede con la estimación de la productividad del trabajo, basada en la división, previamente establecida por Wrigley, entre población urbana, rural agrícola y rural no agrícola. Las series resultantes indican que el mayor aumento de la producción por trabajador en Inglaterra tuvo lugar entre 1600 y 1750. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, la productividad del trabajo agrícola experimentó un ligero retroceso, lo que, en palabras de Allen "constituye otro juicio negativo sobre la progresividad de los cercamientos parlamentarios" (p. 16).

El segundo tipo de análisis consiste en la comparación transversal sincrónica de datos sobre rendimientos de la tierra, uso del suelo y renta, distinguiendo siempre entre campos abiertos y campos cercados. Desde esta perspectiva, la novedad meto-

dológica más relevante es la división de las aldeas para las que existe información en tres distritos naturales: tierras de cultivo densas o pesadas, tierras de cultivo ligeras y pastos. La inclusión de esta variable medioambiental en los contrastes estadísticos realizados por Allen permite matizar aún más el alcance de los progresos logrados en la agricultura inglesa. Así, por ejemplo, en términos de rendimientos, la única zona donde parece que los cercamientos parlamentarios del siglo XVIII aventajaron al sistema de campos abiertos fue la conformada por suelos pesados; es decir, allí donde la clave del aumento de la productividad residió en el drenaje de la tierra, cuya instalación exigió, según el autor, la concentración parcelaria. Tampoco la mayor difusión de los nuevos sistemas de rotación en las áreas cercadas de suelos ligeros parece haber marcado grandes diferencias, en términos de producto y productividad, entre los cercamientos y los campos abiertos, aunque, eso sí, "implicó una diferencia a ojos vista que favoreció la condena de los *open fields*" (p. 20). Más positivo resulta, en principio, el contraste en términos de renta, al menos para la zona de suelos pesados, donde ciertamente, como señaló en su día Arthur Young y, mucho después, McCloskey, los cercamientos condujeron a sistemas de cultivo más intensivos y, por tanto, a un aumento del valor económico de la tierra. En ninguna otra zona, sin embargo, los cercamientos parlamentarios funcionaron así. Es más, en opinión de Allen, el aumento de los arrendamientos en las áreas de suelos densos tan sólo supuso una redistribución masiva de la renta desde los explotadores directos hacia los propietarios de la tierra.

El tercer tipo de análisis radica en el diacrónico de los inventarios *post mortem*, una fuente de información que, además de confirmar la trayectoria de la producción agrícola indicada por los cálculos macro, permite también contrastar la hipótesis tradicional según la cual la clave del éxito de la agricultura inglesa residió en la sustitución de las pequeñas granjas por empresas capitalistas. Los ejercicios econométricos realizados por Allen sobre la base de los inventarios *post mortem*, combinados con el análisis transversal de datos extraídos de fuentes de carácter fiscal de principios del siglo XIX, demuestran que no hubo correlación directa entre el aumento del tamaño de los explotaciones y la evolución de los rendimientos de la tierra.

La concentración parcelaria del siglo XVIII sí tuvo, en cambio, efectos importantes a través de otra vía, según matiza el autor. Y es que, al necesitar menos trabajadores por hectárea que las pequeñas granjas, las grandes explotaciones nacidas de la concentración tendieron a prescindir de mano de obra agrícola, contribuyendo así a aumentar la producción por trabajador. Ésta fue, en opinión de Allen, la mayor y casi única aportación de lo que él llama la "revolución de los terratenientes" a la mejora de la agricultura inglesa y, en general, la clave de la diferencia respecto a las agriculturas más avanzadas del momento. Casi todo lo demás fue obra de los pequeños y medianos agricultores de los campos abiertos durante el siglo XVII o, en palabras del autor, obra de la "revolución de los campesinos".

¿En qué consistió exactamente esta otra revolución? Robert C. Allen no encuentra una respuesta concluyente para esta pregunta. Los contratos econométricos que realiza al respecto ni confirman, ni desmienten, las tres posibilidades que él mismo señala: plantación de legumbres, mayor productividad de la cabaña ganadera y mejora de las semillas. Recurre entonces a las fuentes que tradicionalmente han servido a la historiografía inglesa para respaldar la versión convencional de la revolución agrícola. Estas fuentes permiten afirmar que la agricultura de campos abiertos no estuvo anclada en un permanente estancamiento, pero no pueden precisar las claves de la revolución que, según indican las series de producto y productividad, tuvo lugar entre principios del siglo XVII y mediados del XVIII.

No es ésta la única faceta en la que flaquea la selección que ofrece la Sociedad Española de Historia Agraria. Dado que la mayor parte de los resultados que contienen los ensayos recopilados en ella procede de estudios más amplios sobre el desarrollo agrícola inglés, son muchas las opciones teóricas y metodológicas que quedan sin explicar en la versión española. El hecho mismo de haber sido concebida como una suma de textos previamente publicados la convierte en una obra que resulta, a veces, excesivamente reiterativa y, en ciertos aspectos, algo contradictoria. Por fortuna, sin embargo, la claridad expositiva del autor, tan sólo atenuada por la complejidad formal que desprenden las páginas dedicadas a explicar el procedimiento de descomposición del excedente ricardiano, permite al lector mantener el interés hasta el final. La propia capacidad de Robert C. Allen para combinar el manejo de técnicas econométricas con el uso de fuentes no estadísticas, precisando siempre el grado de representatividad de la muestra o el grado de veracidad de la documentación que utiliza, diluye las escasas críticas que cabe hacer a una obra de referencia obligada para cualquier historiador económico, especialmente para quien procura entender la complejidad de la economía preindustrial.

Antonio Miguel Linares Luján
Universidad de Extremadura